

fem: de la academia al periodismo

La única pregunta propiamente metodológica es la que inquiere por la legitimidad del conocimiento: ¿de qué manera organizamos el cúmulo de información que la realidad nos entrega caótico, indiscriminado y desordenado, para que pueda ser leída precisamente como conocimiento? Y a partir de ese planteamiento, ¿cuáles son las reglas metódicas que están en la base de la investigación científica en ciencias sociales?

Seguramente, cada objeto de investigación requiere de una metodología específica. No es posible “adaptar” los métodos preexistentes a las necesidades particulares de cada investigación; el método se convierte, entonces, no en ese recetario terminado con el que sueñan muchos de los académicos — en el peor sentido de la palabra — que lucran con una posición prestigiosa en el mundo de los saberes discursivos. El método debe ser una creación; debe obedecer a una voluntad cognoscitiva que apunta, precisamente, a lo desconocido.

Cuando inició la investigación sobre la revista *fem*, Leticia Santa

María tal vez sólo estaba pensando en cubrir el expediente con una descripción lo más objetiva y completa posible del hecho periodístico, del medio de comunicación que había elegido como su tema de tesis de licenciatura en periodismo y comunicación colectiva. No se imaginaba que el lugar que estaba explorando era mucho más amplio: no un “hecho periodístico”, no un “medio de comunicación”, sino un proceso, una historia, un conjunto de testimonios y, sobre todo, un conjunto de textos.

La originalidad de esta investigación reposa, por un lado, en el rigor con que las tres primeras etapas de *fem* fueron consultadas, computadas, leídas y analizadas. Por el otro, en la capacidad imaginativa con que consulta, cómputo, lectura y análisis terminan por ser interpretados a la luz de una experiencia mucho más amplia, que le confiere a la investigadora una perspectiva global.

El proyecto inicial, sin embargo, era mucho más amplio que el producto terminado. Tendría que haber abarcado no solamente el análisis de contenido propiamente dicho (que se vierte en un apéndice en donde se recoge, con lujo de detalle numérico, la temática de la revista, la frecuencia de aparición de los tópicos, la característica de cada número, etcétera), sino

también una referencia constante al proceso, a la historia, a los testimonios.

La referencia existe; pero se trata como una historia secreta. La inabarcable, la confusa, la plural historia que cuentan muchas voces contradictorias, conflictivas, dispersas. Es inútil suponer que el mundo de los significados —tal y como lo definen algunos de los pensadores del estructuralismo— puede reducirse al ámbito abstracto de los signos escritos. Detrás de la producción de un objeto está presente, necesariamente, la persona o el grupo de las personas que realizaron esa producción.

Y las personas son algo más que sus productos.

Los objetos dejan entrever esas características de lo personal —y de lo social y de lo geográfico y de lo económico— que permiten distinguir entre diferentes situaciones históricas. Pero al mismo tiempo las encubren. ¿Cómo se puede interpretar la producción de un hecho cultural si no es a la luz de esas manifestaciones y de esos ocultamientos? La ventaja (y el peligro) de la investigación de temas contemporáneos es la oportunidad de indagar, además de los objetos, en las personas vivas que los han producido.

Éste era el esfuerzo inicial de la investigación: preguntar qué pasó.

¿Por qué *fem*? ¿Cómo se planeó? ¿Quién la pensó, para qué, para quiénes? El reto era establecer la distancia precisa entre el proyecto original y el resultado de ese enorme esfuerzo que fue el proceso de *fem*. La investigación, sin embargo, tuvo que someterse a las reglas del rigor metodológico que se había impuesto. Y al ritmo de trabajo de su autora. Y a un término institucional.

Quedaron fuera las entrevistas donde se reconstruye la parte del proceso que podríamos llamar “el lado subjetivo”: los testimonios en que se advierte el conflicto, el antagonismo, la lucha por el poder y todos esos horrores que el movimiento feminista había descartado, por definición, de su desarrollo. La investigación se concentra en el estudio del “lado objetivo”. La pregunta es si las cifras serán capaces de reflejar conflicto, antagonismo y lucha por el poder. La conclusión de Leticia Santa María es que sí: que basta con leer los 49 primeros números de *fem* para darse cuenta de que su producción no fue pacífica.

En todo caso, la investigación utilizó, desde el principio, otras fuentes. Ahora nos hace falta la parte complementaria: la que habla de pasiones y sentimientos; la que no se funda en la observación y la medición aritmética, sino en la falible memoria, en los afectos, en los

desafectos. Es probable que ambas investigaciones conduzcan al esclarecimiento de la cuestión más evidente: ¿por qué las feministas necesitan hacer revistas?

Hortensia Moreno

Leticia Santa María: *fem, de revista académica a publicación periodística*, tesis de la Escuela Nacional de Estudios Profesionales Aragón, IISUNAM-UNAM, México, 1990.